mucha firmeza de morir antes que hacer cosa baja ni fea; solo trataba del servicio de mi amo, de su regalo, de la limpieza de su vestido, cama y mesa, de donde vine á considerar, y díjeme una noche á mí mismo: Ves aquí, Guzman, la cumbre del monte de las miserias, adonde te ha subido tu torpe sensualidad; ya estás arriba, y para dar un salto en lo profundo de los infiernos, ó para con facilidad, alzando el brazo, alcanzar el cielo. Ya ves la solicitud que tienes en servir á tu señor por temor de los azotes, que dados hoy no se sienten á dos dias. Andas desvelado, ansioso, cuidadoso y solícito en buscar invenciones con que acariciarlo para ganarle la gracia, que cuando conseguida la tengas, es de un hombre, y cómitre. Pues bien sabes tú que no la ignoras, pues tambien lo estudiaste, cuánto menos te pide Dios, y cuánto mas tiene que darte, y cuánto mejor amigo es. Acaba de recordar de aquese sueño; vuelve y mira, que aunque sea verdad haberte traido aquí tus culpas, pon esas penas en lugar que te sean de fruto; búscate caudal para hacer empleo, búscalo ahora, y hazlo de manera, que puedas comprar la bienaventuranza. Esos trabajos, eso que padeces, y cuidado que tomas en servir á ese tu amo, ponlo á cuenta de Dios, hazle cargo aun de aquello que has de perder, y recibirálo por su cuenta, bajándolo de la mala tuya. Con eso puedes comprar la gracia que si antes no tenia precio, pues los méritos de los santos todos no acaudalaron con que poderla comprar, hasta juntarlos con los de Cristo, y para ello se hizo hermano nuestro. ¿Cuál hermano desamparó á su buen hermano? sírvelo con un suspiro, con una lágrima, con un dolor de corazon, pesándote de haberle ofendido, que dándoselo á él juntará tu caudal con el suyo, y haciéndolo de infinito precio, gozarás de vida eterna. En este discurso, y otros que nacieron de él, pasé gran rato de la noche no con pocas lágrimas, con que me quedé dormido, y cuando recordé, halléme otro no yo ni con aquel corazon viejo que antes; dí gracias al Señor, y supliquéle que me tuviese de su mano; luego traté de confesarme á menudo, reformando mi vida, limpiando mi conciencia, con que corrí algunos dias; mas era de carne, á cada paso trompicaba, y muchas veces caia; mas en cuanto al proceder en mis malas costumbres, mucho quedé de allí en adelante renovado, aunque siempre por lo de atrás mal indiciado, no me creyeron jamás; que aquesto mas malo tienen los malos, que vuelven sospechosas aun las buenas obras que hacen, y casi con ellas escandalizan porque las juzgan por hipocresía. Dicen vulgarmente un refran, que *se sacan por las vísperas los dias santos*. El que quisiere saber como le va con Dios, mire como lo hace Dios con él, y sabrálo fácilmente. Pones tu diligencia, haces lo que tienes obligacion como cristiano, son tus obras de algun mérito, conocerás que recibe Dios tu sacrificio y tiene puestos los ojos en tí, mira si te trata como se trató á sí, que señal segura es

que tu señor te ama, cuando del pan que come, del vestido que viste, de la mesa y silla en que se sienta, del vino que bebe y de la cama en que se acuesta, no hace diferencia de la tuya y todo es uno. ¿Qué tuvo Dios, qué amó Dios, qué padeció Dios? trabajos. Pues cuando partiere de ellos contigo mucho te quiere, su regalado eres, fiesta te hace, sábela recibir aprovechándote de ella, no creas que deja de darte gustos y haciendas, por ser escaso, corto ni avariento, porque si quieres ver lo que aqueso vale, pon los ojos en quien lo tiene, los Moros, los infieles, los herejes. Mas á sus amigos y á sus escogidos, con pobreza, trabajos y persecuciones los banquetea. Si aquesto supiera conocer, y su divina Majestad se sirviera de ello, de otra manera saliera yo aprovechado. Helo venido á decir, porque verdaderamente cuando el discurso pasado hice, lo hice muy de corazon, y aunque no digno de poder merecer por ello algun premio como tan gran pecador, aun por aquella migaja de aquel cornadillo, al mismo punto tuve la paga; luego comenzaron á nacerme nuevas persecuciones y trabajos. A Dios pluguiera que como debia lo considerara; sacóme de aquel regalo, comenzóme á dar toques y aldabadas, perdiendo aquella pequeña sombra de yedra, secóseme, nacióle un gusano en la raiz, con que hube de quedar á la fuerza del sol, padeciendo nuevas calamidades y trabajos, por donde no pensé sin culpa ni rastro de ello, y son estos para quien sabe conocerlos el tesoro escondido en el campo. Y pues hasta aquí llegaste de tu gusto, oye ahora por el mio lo poco que resta de mis desdichas, á que daré fin en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO IX.

Prosigue Guzman lo que le sucedió en las galeras, y el medio que tuvo para salir libre de ellas.

Hubo un famoso pintor, tan extremado en su arte, que no se le conocia segundo; y á fama de sus obras, entró en su obrador un caballero rico, y concertóse con él que le pintase un hermoso caballo bien aderezado, que iba huyendo suelto. Hízolo el pintor con toda la perfeccion que pudo, y teniéndolo acabado, púsolo donde se pudiera enjugar brevemente. Cuando vino el dueño á querer visitar su obra, y saber el estado en que la tenian, enseñósela el pintor, diciendo tenerla ya hecha; y como, cuando se puso á secar la tabla, no reparó el maestro en ponerla mas de una manera que de otra, estaba con los piés arriba y la silla debajo. El caballero

cuando lo vió, pareciéndole no ser aquello lo que le habia pedido, dijo: Señor maestro, el caballo que yo quiero ha de ser que vaya corriendo, y aqueste antes parece que se está revolcando. El discreto pintor le respondió: Señor, vuesa merced sabe poco de pintura; ella está como se pretende, vuélvase la tabla. Volvieron la pintura lo de abajo arriba, y el dueño de ella quedó contentísimo, tanto de la buena obra, como de haber conocido su engaño. Si se consideran las obras de Dios, muchas veces nos parecerán el caballo que se revuelca; empero si volviésemos la tabla hecha por el soberano artífice, hallaríamos que aquello es lo que se pide, y que la obra está con toda su perfeccion. Hácensenos (como poco ha decíamos) los trabajos ásperos, desconocémoslos, porque se nos entiende poco de ellos; mas cuando el que nos los envia enseña la misericordia que tiene guardada en ellos, y los viéremos al derecho, los tendremos por gustos. De cuantos forzados habia en la galera, ninguno me igualaba, tanto en bien tratado, de como contento en saber que daba gusto, desclavóse la rueda, dió vuelta conmigo por desusado modo nunca visto. Acertó en este tiempo á venir á profesar en galera un caballero del apellido del capitan de ella, y aun se trataban por parientes; era ricó, tratábase bien, y traia una gruesa cadena de oro al cuello á uso de soldados, casi como la que algun tiempo tuve. Hacia plato en la popa, tenia un muy lucido aparador de plata, y criados de su servicio bien aderezados, y al segundo dia de su embarcacion, le faltaron de la cadena diez y ocho eslabones, que sin duda valian cincuenta escudos. Túvose por cierto lo habria hecho alguno de sus criados; porque cuantos entraban en la cámara de popa eran personas conocidas, carecientes de toda sospecha. Mas con todo esto, azotaron á todos los criados del capitan en caso de duda, y no parecieron para siempre, ni se tuvo rastro de quién ó cómo los hubiese llevado. Y para excusar adelante otro semejante suceso, le dijo el capitan á su pariente, que lo mas acertado seria, para el tiempo que su merced allí estuviese, dar cargo de sus vestidos y joyas á un forzado de satisfaccion, que con cuidado lo tuviese limpio y bien acomodado, porque á ninguno se le daria por cuenta, que se atreviese á hacer falta en un cabello. Al caballero le pareció muy bien, y andando buscando quien de todos los de la galera seria suficiente para ello, no hallaron otro que á mí, por la satisfaccion de mi entendimiento, buen servicio, y estar bien tratado y limpio. Cuando le dijeron mis partes, y supo ser entretenedor y gracioso, no veia ya la hora de que me pasasen á popa. Llamaron al cómitre, y habiéndome pedido, no pudo menos de darme, aunque lo sintió mucho, por lo bien que conmigo se hallaba; echáronme un ramal bien largo, y cuando el caballero me tuvo en su presencia, holgóse de verme y de tratarme, porque correspondian mucho mi talle, rostro y obras: enfadóse de verme asido como si fuera

mona, pidióle al capitan me pusiese una sola manilla, y así se hizo. De esta manera quedé mas ágil para poderle mejor servir, así comiendo á la mesa, como dentro del aposento y mas partes que se ofrecia de la galera. Entregáronme por inventario su ropa y joyas, de que siempre dí muy buena cuenta, y de quien él y yo teníamos menos confianza y mas recelaba, era de sus criados, porque como ya me hubiese hecho cargo de la recámara, con facilidad tendrian excusa en lo que pudiesen hurtarme á su salvo. Ellos dormian con el capellan en el escandalar, y el caballero en una banca del escandalarete de popa, y yo en la despensilla de ella, donde tenia guardadas algunas cosas de regalo y bastimento. Yo me hallaba muy bien, bien que trabajaba mucho, mas érame de mucho gusto tener á la mano algunas cosas con que poder hacer amistades á forzados amigos, y aunque quisiera hacérselas tambien á Soto mi camarada nunca dió lugar por donde yo pudiera entrarle; deseábale todo bien, y hacíame cuanto mal podia, desacreditándome, diciendo cosas y embelecos del tiempo que fuimos presos, y él supo mios en la prision. De manera, que aunque ya yo, cuanto para conmigo, sabia que estaba muy reformado, para los que le oian, cada uno tomaba las cosas como queria, y cuando hiciera milagros, habian de ser en virtud de Bercebut. Él era mi cuchillo, sin dejar pasar ocasion en que no lo mostrase, mas no por eso me oyeron decir de él palabra fea, ni darme por sentido de cuanto de mí dijese. De todo se me daba un clavo, solo mi cuidado era entender al servicio de mi amo, por serle agradable, pareciéndome que podria ser (por él ó por otro, con mi buen servicio) alcanzar algun tiempo libertad. Cuando venia de fuera, salíalo á recibir á la escala, dábale la mano á la salida del esguife, hacíale palillos para sobremesa de grandísima curiosidad, y tanta, que aun enviaba fuera presentados algunos de ellos; traíale la plata y mas vasos de la bebida tan limpios y aseados, que daba contento mirarlos; el vino y agua fresca, mullida la lana de los traspontines, el rancho tan aseado, de manera, que no habia en todo él, ni se hallara una pulga, ni otro algun animalejo su semejante; porque lo que me sobraba del dia, me ocupaba en solo andar á casa de ellos, tapando los agujeros de donde aun tenia sospecha que se pudieran criar, no solo porque careciese de ellos, mas aun de todo su mal olor. Tanta fué mi buena diligencia, tan agradable mi trato, que dejaba mi amo de conversar con sus criados, y muy de su espacio parlaba conmigo cosas graves de importancia. Pero hacia en esto lo que los destiladores, alambicábame, y cuando habia sacado la sustancia que deseaba, retirábase, ó por mejor decir, se recelaba de mí, que no las tenia todas cabales, por la mala voz con que Soto me publicaba por malo. Empero con todo su mal decir, procuraba yo bien hacer, tanto por sacarlo mentiroso, cuanto porque ya no

habia de tratar de otra cosa, por la resolucion tomada de mí en este caso. Contábale cuentos donosos á la mesa, las noches y siestas, procurando tenerlo siempre alegre; y en especial habia dado en melancolizarse unos pocos de dias antes, por haber tenido una carta de un personaje grave á quien él tenia mucha obligacion, el cual en su vida se habia querido casar y apretaba mucho por casarlo; y como así lo viese fatigado, preguntándole la causa de su pesadumbre, me la dijo, y aun me pidió consejo de lo que haria en el caso. Yo le respondí: Señor, lo que me parece que se le podria responder á quien tanto huyó de casarse, y quiere obligar á otro que lo haga, es que vuestra merced lo hará si le diere por mujer á una de sus hijas. A mi amo le satisfizo mucho mi consejo, determinando tomarlo como se lo daba, y pasando adelante la plática, en cuanto se hacia horas de comer, me preguntó le dijese, como quien dos veces habia sido casado, ¿qué vida era, y cómo se pasaba? Respondíle: Señor, el buen matrimonio de paz, donde hay amor igual y conforme condicion, es una gloria, es gozar en la tierra del cielo, es un estado para los que lo elijen, deseando salvarse con él, de tanta perfeccion, de tanto gusto y consuelo, que para tratar de él seria necesario referirse de boca de uno de los tales. Mas quien como yo hice del matrimonio granjería, no sabré que responder tampoco, sino que pago aquel pecado con esta pena. Mujeres hay, que verdaderamente reducirán á buen término y costumbres, con su sagacidad y blandura, los hombres mas perversos y desalmados que tiene la tierra; y otras por el contrario, que harán perder la paciencia y sufrimiento al mas concertado y santo. Véase por Jacob el estado en que la suya lo puso, cómo lo persiguió, y cuánto le importó asirse de Dios, para solo defenderse de ella mas que de todas las mas persecuciones, y así estando en cierta conversacion tres amigos, dijo el uno: Dichoso aquel que pudo acertar á casar con buena mujer. El otro respondió: Harto mas dichoso es el que la perdió presto, si la tuvo mala. Y el tercero dijo: Por mucho mas dichoso tengo al que ni la tuvo buena ni mala. Lo que aprieta una mujer importuna y de mala digestion, dígalo el Provenzal, que cansado ya de sufrir la suya, y no teniendo modo ni ciencia para corregirla, por escabullirse de ella sin escándalo, acordó de irse á holgar con toda su casa y gente á una hacienda que tenia en el campo, para la cual se habia de pasar por una ladera de un monte que pasa por junto del Ródano, rio caudaloso, que por aquella parte, por ser estrecha y pasar por entre dos montes, va muy hondo y con furiosa corriente. Acordó de tener tres dias sin que bebiese gota de agua una mula en que su mujer habia de ir, y cuando llegaron á parte que la mula divisó el agua, no fueron poderosos á detenerla, que bajándose por la ladera abajo, de una en otra peña, procurando con grandísima instancia el agua, llegó al rio, de

donde no siendo posible volver á subir ni tenerse, fué forzoso dar ambos dentro de él, quedando la mujer ahogada, y la mula salió á nado con mucha dificultad lejos de allí, tan cansada y sin tiento, que no podia tenerse sobre sus piés. Para los que nunca supieron del matrimonio, y lo desean, pudiérales traer á propósito lo que les pasó á los tordos un verano despues de la cria. Juntóse de ellos una bandada espesa, que cubrian los aires, y hecha compañía, se partieron juntos á buscar la vida; llegaron á un país de muchas huertas, con frutales y frescuras, donde se quisieron quedar, pareciéndoles lugar de mucha recreacion y mantenimientos; mas cuando los moradores de aquella tierra los vieron, armaron redes, pusiéronles lazos, y poco á poco los iban destruyendo. Viéndose, pues, los tordos perseguidos, buscaron otro lugar á su propósito, y halláronlo tal como el pasado, mas acontecióles tambien lo mismo, y tambien huyeron con miedo del peligro. De esta manera peregrinaron por muchas partes, hasta que casi todos ya gastados, los pocos que de ellos quedaron, acordaron de volverse á su natural. Cuando sus compañeros los vieron llegar tan gordos y hermosos, les dijeron: Ah! dichosos vosotros, y míseros de nos, que aquí nos estuvimos, y cuales veis estamos flacos, vosotros venís que da contento veros la pluma relucida, medrados de carne, que ya no podeis de gordos volar con ella, y nosotros cayéndonos de pura hambre. A esto les respondieron los bien venidos: Vosotros no considerais mas de la gordura que no veis, que si pasásedes por la imaginacion los muchos que de aquí salimos, y los pocos que volvemos, tuviérades por mejor vuestro poco sustento seguros, que nuestra hartura con tantos peligros y sobresaltos. Los que ven los gustos del matrimonio, y no pasan de allí á ver que de diez mil no escapan diez, tuvieran por mejor su seguro estado de solos, que los trabajos y calamidades de los mal acompañados. En esto se llegó la hora del comer, y puesta la mesa, servimos la vianda segun era costumbre, teniendo yo siempre los ojos puestos en las manos de mi amo, para ejecutarle los pensamientos; mas cuanto mas en esto velaba, se desvelaba mi enemigo Soto en destruirme, pues cuando mas no pudo, compró á puro dinero su venganza, solo para hacerme mal. Hízose amigo con un criado, paje que era del capitan, y tal como él, pues el interés lo corrompió contra mí. Prometióle unas gentiles medias de punto, que tenia hechas, y dijo que se las daria, si cuando alguna vez pudiese (sirviendo á la mesa) hurtar alguna pieza de plata de ella, la llevase á esconder abajo en mi despensilla, sin que yo lo sintiese, que haria en esto dos cosas; la primera, que ganaria las medias que por ello le ofrecian; y lo segundo, él y sus compañeros volverian en su antigua privanza, derribándome á mí de ella. No le pareció mal al mozo, y hallándose aquel dia con la

ocasion de bajar abajo, se llevó en las manos un trinchero, el cual escondió, alzando el tabladillo, en las cuadernas. Despues de levantada la mesa, queriendo recoger la plata para limpiarla, hallándolo menos, hice diligencia buscándolo, y como no lo hallase, dí noticia de como me faltaba, para que se hiciese diligencia en buscarlo por los criados de la popa. El capitan y mi amo creyeron á los principios la verdad, mas como era testimonio levantado por mi enemigo Soto, luego pasó la palabra que le oyeron decir, que yo con la privanza lo habria hurtado, y queria dar á los otros la culpa por quedarme con él. Ayudóle á ello el mozo agresor, y dando de aquí principio á sospecha, me apercibió mi amo muchas veces que dijese la verdad antes que llegase á malas el negocio; mas como estaba libre, no pude satisfacer con otra cosa que palabras buenas. El traidor del paje dijo que me visitasen la despensilla, que no era posible, sino que allí lo tendria escondido, porque no habiendo salido fuera de la popa, se habria de hallar en mi aposento. Parecióles á todos bien, y bajando abajo, habiéndolo todo trasegado, buscaron á donde lo habia metido, y sacándolo, dijeron que ya lo hallaron, y que lo habia yo allí escondido, porque otra persona no era posible haberlo hecho. Pues como esto trajese consigo apariencia de verdad, y á mí me cogieron en la negativa, confirmaron por cierta la sospecha, cargándome de culpa. El capitan mandó al mozo del alguacil que me diese cincuenta palos, de los cuales me libró mi amo, rogando por mí, que se me perdonase por ser la primera, y me advirtió que si en otra me cogian lo pagaria todo junto. Nunca mas alcé cabeza, ni en mí entró alegría, no por lo pasado, sino temiendo lo por venir, que quien aquella me hizo, para mayor mal me aguardaba cuando de aquel escapase. Y recelándome de ello, supliqué con mucha instancia que me relevasen de aquel cargo, que yo queria luego entregar á otro las cosas de él, y tendria por mejor que me volviesen á herrar en mi banco. Creyeron que todo habia sido y nacido de deseo que tenia de volver á servir á mi amo el cómitre, y cuanto mas lo suplicaba, mas instaban en que por el mismo caso, aunque me pesase, habia de asistir allí toda mi vida. ¡Pobre de mí! dije, ya no sé que hacer, ni cómo poderme guardar de traidores. Hacia cuanto podia y era en mi mano, velando con cien ojos encima de cada niñería, y nada bastó, que ya se iba haciendo tiempo de levantarme, y era necesario caer primero. Una tarde que mi amo vino de fuera, lo salí á recibir, como siempre, á la escalerilla, díle la mano, subió arriba, quitéle la capa, la espada y el sombrero, díle su ropa y montera de damasco verde, que la tenia siempre á punto, bajé lo demás abajo, poniendo en su lugar cada cosa. Esa misma noche sin saber cómo, quién, ó por qué modo, porque si no fué obra del demonio, nunca pude colegir lo que fuese, que derribando el sombrero de donde lo habia colgado, lo hallé sin trencelin, el cual tenia unas piezas de oro. Él se desapareció en los aires, que cuando á la mañana lo vi sin él, y de aquella manera, quedé asombrado. Hice cuantas diligencias pude buscándolo, y ninguna fué de provecho. No pareció, ni de él hubo rastro ni memoria. Cuando á mi amo se lo dije, dijo: Ya os conozco, ladron, y sé quien sois, y porqué lo haceis; pues desengañaos, que ha de parecer el trencelin, y no habeis de salir con vuestras pretensiones. Bien pensais que desde que faltó el trinchero, no he visto vuestros malos hígados, y que andais rodeando como no servirme; pues habéislo de hacer aunque os pese por los ojos, y habeis de llevar cada dia mil palos, y mas que para siempre no habeis de tener en galera otro amo, que cuando yo no lo fuere, os han de poner adonde merecen vuestras bellaquerías y mal trato, pues el bueno que con vos he usado, no ha sido parte para que dejeis de ser el que siempre, y sois Guzman de Alfarache, que basta. No sé qué decirte, ó cómo encarecerte lo que con aquello sentí, hallándome inocente, y con causa legítima cargado. Palabra no repliqué, ni la tuve, porque aunque la dijera del Evangelio, pronunciada por mi boca no le habian de dar mas crédito que á Mahoma. Callé, que palabras que no han de ser de provecho á los hombres, mejor es enmudecer la lengua, y que se las diga el corazon á Dios. Díle gracias entre mí á solas, pedíle que me tuviese de su mano como mas no le ofendiese; porque verdaderamente, ya estaba tan diferente del que fuí, que antes creyera dejarme hacer cien mil pedazos que cometer el mas ligero crimen del mundo. Cuando se hubieron hecho muchas diligencias, y vieron que con ninguna de ellas parecia el trencelin, mandó el capitan al mozo del alguacil, me diese tantos palos, que me hiciese confesar el hurto con ellos. Arrizáronme luego, ellos hicieron como quien pudo, y yo padecí como el que mas no pudo. Mandábanme que dijese de lo que no sabia, rezaba con el alma lo que sabia pidiendo al cielo, que aquel tormento y sangre que con los crueles azotes vertia, se juntasen con los inocentes que mi Dios por mí habia derramado, y me valiesen para salvarme, ya pues habia de quedar allí muerto. Viéronme tal, y tan para espirar, que aunque pareciéndole á mi amo mayor mi crueldad, en dejarme así azotar, que la suya en mandarlo, mas compadecido de tanta miseria, me mandó quitar. Fregáronme todo el cuerpo con sal y vinagre fuerte, que otro fué segundo mayor dolor. El capitan quisiera que me dieran otro tanto en la barriga, diciendo: Mal conoce vuestra merced á estos ladrones, que son como raposas; hácense mortecinos, y en quitándolos de aquí corren como unos potros, y otros por un real se dejarán quitar el pellejo. Pues crea el perro que ha de dar el trencelin ó la vida. Mandóme llevar de allí á mi despensilla, donde me hacian por horas mil notificaciones, que lo entregase ó tuviese paciencia, porque habia de morir á palos, y no lo habia de gozar; mas como nadie da lo que no tiene, no pude

cumplir lo que se me mandaba. Entonces conocí qué cosa era ser forzado, y como el amor y rostro alegre que unos y otros me hacian era por mis gracias y chistes; empero que no me lo tenian, y el mayor dolor que sentí en aquel desastre no tanto era el dolor de lo que padecia, ni ver el falso testimonio que se me levantaba, sino que juzgasen todos que de aquel castigo era merecedor, y no se dolian de mí. Pasados algunos dias despues de esta refriega, volvieron otra vez á mandarme dar el trencelin, y como no lo diese me sacaron de la despensilla bien desflaquecido y malo, subiéronme arriba donde me tuvieron grande rato atado por las muñecas de los brazos, y colgado en el aire; fué un terrible tormento, donde creí espirar, porque se me afligió el corazon de manera, que apenas lo sentia en el cuerpo, y me faltaba el aliento. Bajáronme de allí, no para que descansase, sino para volverme á crujía, arrizáronme á su propósito de barriga, y así me azotaron con tal crueldad como si fuera por algun gravísimo delito, mandáronme dar azotes de muerte, mas temiéndose ya el capitan que me quedaba poco para perder la vida, y que me habia de pagar al rey si allí peligrase, tuvo á partido que se perdiese antes el trencelin que perderlo y pagarme. Mandóme quitar, y que me llevasen de allí á la corulla y en ella me curasen. Cuando estuve algo convalecido aun les pareció que no estaban vengados, porque siempre creyeron de mí ser tanta mi maldad que antes queria sufrir todo aquel rigor de azotes que perder el interés del hurto, y mandaron al cómitre que ninguna me perdonase, antes que tuviese mucho cuidado en castigarme siempre los pecados veniales como si fuesen mortales; y él, que forzoso habia de complacer á su capitan, castigábame con rigor desusado, porque á mis horas no dormia, y otras veces porque no recordaba: si para socorrer alguna necesidad vendia la racion, me azotaban, tratándome siempre tan mal, que verdaderamente deseaban acabar conmigo, pues para tener mejor ocasion de hacerlo á su salvo, me dieron á cargo todo el trabajo de la corulla, con pretexto que por cualquiera cosa que le faltase á ello seria muy bien castigado. Habia de bogar en las ocasiones como todos los mas forzados; mi banco era el postrero y el de mas trabajo, á las inclemencias del tiempo, el verano por el calor y el invierno por el frio, por tener siempre la galera el pico al viento. Estaban á mi cargo los ferros, las gumenas, el dar fondo y zarpar en siendo necesario. Cuando íbamos á la vela tenia cuidado con la orza de avante y con la orza de novela. Hilaba los guardines todos, las sagulas que se gastaban en galera; tenia cuenta con las bozas, torcer juncos, mandarlos traer á los proeles, y enjugarlos para enjucar la vela del trinquete; entullaba los cabos quebrados, hacia cabos de derrata y nuevos á las gumenas; habia de ayudar á los artilleros á bornear las piezas; tenia cuenta de taparles los fogones, que no se llegase á ellos, y de guardar las cuñas y cucharas,

lanadas y atacadores de la artillería, y cuando faltaba oficial de cómitre ó sotacómitre, me quedaba el cargo de mandar acorullar la galera y adrizarla, haciendo á los proeles que trajesen esteras y juncos para hacer fregajos, y fretarla, teniéndola siempre limpia de toda inmundicia; hacer estoperoles las filastras viejas, para los que van á dar á la banda, que aquesta es la ínfima miseria y mayor bajeza de todas, pues habiendo de servir con ellos para tan sucio ministerio, los habia de besar antes que dárselos en las manos. Quien todo lo dicho tenia de cargo, y no habia sido en ello acostumbrado, imposible parecia no errar, mas con el grande cuidado que siempre tuve procuré acertar, y con el uso ya no se me hacia tan dificultoso. Aun quisiera la fortuna derribarme de aquí si pudiera, mas como no puede su fuerza extenderse contra los bienes del ánimo, y la contraria hace prudentes á los hombres, túveme fuerte con ella. Y como el rico y el contento siempre recelan caer, yo siempre confié levantarme, porque bajar á mas no era posible; sucedióme al punto de la imaginacion. Soto mi camarada no vino á las galeras porque daba limosnas, ni porque predicaba la fe de Cristo á los infieles; trajéronlo á ella sus culpas, y haber sido el mayor ladron que se habia hallado en su tiempo en toda Italia, ni España: una temporada fué soldado, sabia toda la tierra, como quien habia paseádola muchas veces. Viendo que las galeras navegaban por el mar Mediterráneo, y se encostaban otras veces á la costa de Berbería y Turquía, buscando presas, imaginó de tratar con algunos Moros y forzados de su bando, de alzarse con la galera; para lo cual ya estaban prevenidos de algunas armas él y ellos, y las tenian escondidas en sus remiches, debajo de los bancos, para valerse de ellas á su tiempo. Mas como no podia tener su designio efecto, sin tenerme de su bando por el puesto que yo tenia en mi banco, y estar á mi cargo el picar de las gumenas, parecióles darme cuenta de su intencion, haciendo para ello su cuenta, y considerando que á ninguno de todos les venia el negocio mas á cuento que á mí, tanto por estar ya rematado por toda la vida, cuanto por salir de aquel infierno donde me tenian puesto, y tan ásperamente me trataban. Quisiérame hablar para ello Soto, mas no podia; envióme su mensajero, pidiéndome reconciliacion y favor en su levantamiento. Respondíle, que no era negocio aquel para determinarnos con tanta facilidad, que se mirase bien, considerándolo á espacio, porque nos poníamos á caso muy grave, de que convenia salir bien de él ó perderíamos las vidas. Al Moro que me trajo la embajada no le pareció mal mi consejo, y dijo que llevaria mi respuesta á Soto, y me volveria otra vez á hablar. En el ínterin que andaban las embajadas, hice mi consideracion, y como siempre tuve propósito firme de no hacer cosa infame ni mala por ningun útil que de ella me pudiese resultar, conocí que ya no era tiempo de darles consejo, así por su resolucion, como porque si les

faltara en aquello, temiéndose de mí no los descubriese, me levantarian algun falso testimonio para salvarse á sí, diciendo que yo por salir de tanta miseria los tenia incitados á ellos. Díles buenas palabras, é híceme de su parte, quedando resueltos de ponerlo en ejecucion el dia de San Juan Bautista por la madrugada. Pues como ya estábamos en la víspera, y un soldado viniese á dar á la banda, cuando me levanté á quererle dar el estoperol, díjele secretamente: Señor soldado, dígale vuestra merced al capitan que le va la vida y la honra en oirme dos palabras del servicio de su Majestad, que me mande llevar á la popa. Hízolo luego, y cuando allá me tuvieron, descubríle toda la conjuracion, de que se santiguaba, y casi no me daba crédito, pareciéndole que lo hacia porque me relevase de trabajo, y me hiciese merced. Mas cuando le dije dónde hallaria las armas, quién, y cómo las habian traido, dió muchas gracias á Dios que le habia librado de tal peligro, prometiéndome todo buen galardon. Mandó á un cabo de escuadra que mirase los bancos que yo señalé, y buscando las armas en ellos las hallaron. Luego se fulminó proceso contra los culpados todos, y por ser el siguiente dia de tanta solemnidad, entretuvieron el castigo para el siguiente. Quiso mi buena suerte y Dios que fué de ello servido, y guiaba mis negocios de su divina mano, que abriendo una caja para colgar las flámulas de las entenas del árbol mayor y trinquete, tanto en hacimiento de gracias, como á honor y regocijo del dia, hallaron dentro de ella una cama de ratas, y el trencelin de mi amo. Soto, queriéndolo confesar, y pidiéndome perdon del testimonio que me fué levantado del trinchero, declaró juntamente cómo y porqué lo habia hecho, y que aunque me habia prometido amistad, era con ánimo de matarme á puñaladas en saliendo con su levantamiento, de todo lo cual fué nuestro Señor servido de librarme aquel dia. Condenaron á Soto y á un compañero que fueron las cabezas del alzamiento, á que fuesen despedazados de cuatro galeras, ahorcaron cinco, y á muchos otros que hallaron con culpa dejaron rematados al remo por toda la vida, siendo primero azotados públicamente á la redonda de la armada. Cortaron las narices y orejas á muchos Moros, porque fuesen conocidos, y exagerando el capitan mi bondad, inocencia y fidelidad, pidiéndome perdon del mal tratamiento pasado, me mandó desherrar, y que como libre anduviese por la galera, en cuanto venia cédula de su Majestad, en que absolutamente lo mandase; porque así se lo suplicaban, y lo enviaron consultado. Aquí dí punto y fin á estas desgracias: rematé la cuenta con mi mala vida; la que despues gasté todo el restante de ella, verás en la tercera y última parte, si el cielo me la diere antes de la eterna que todos esperamos.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

TABLA.

ADVERTENCIA DEL EDITOR ESPAÑOL..... v
EL ALFÉREZ LUIS DE VALDÉS A MATEO ALEMAN, ELOGIO..... ib.

PARTE PRIMERA.

AL VULGO..... viij
AL DISCRETO LECTOR..... x
GUZMAN DE ALFARACHE A SU VIDA..... xj
DECLARACION PARA EL ENTENDIMIENTO DE ESTE LIBRO..... xij

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO I. — En que cuenta quién fué su padre..... 1
CAPITULO II. — En que Guzman de Alfarache prosigue contando quiénes fueron sus padres, y principio de conocimiento y amores de su madre..... 11
CAPITULO III. — Como Guzman salió de su casa un viernes por la tarde, y lo que le sucedió en una venta..... 22
CAPITULO IV. — En que Guzman de Alfarache refiere lo que un arriero le contó que le habia pasado á la ventera de donde habia salido aquel dia, y una plática que le hicieron..... 27
CAPITULO V. — De lo que á Guzman de Alfarache le aconteció en Cantillana con un mesonero..... 35
CAPITULO VI. — En que Guzman de Alfarache acaba de contar lo que le sucedió con el mesonero..... 39
CAPITULO VII. — Como creyendo ser ladron Guzman de Alfarache fué preso, y habiéndole conocido le soltaron. Promete uno de los clérigos contar una historia para entretenimiento del camino..... 43
CAPITULO VIII. — En que Guzman de Alfarache refiere la historia de los dos enamorados Ozmin y Daraxa segun se la contaron..... 50

LIBRO SEGUNDO.

TRATASE COMO VINO A SER PÍCARO, Y LO QUE SIÉNDOLO LE SUCEDIÓ.

CAPITULO I. — Como Guzman de Alfarache saliendo de Cazalla, á la vuelta de Madrid, en el camino sirvió á un ventero..... 82
CAPITULO II. — Como Guzman de Alfarache, dejando al ventero, se fué á Madrid, y llegó hecho pícaro..... 87
CAPITULO III. — En que Guzman de Alfarache prosigue contra las vanas honras. De-